



Marzo, 1997

Internacional

boletín de la secretaría de relaciones internacionales del PSOE

Europa-Estados Unidos: encuentros y desencuentros

Por Josep Verde i Aldea
Vicepresidente del Parlamento Europeo

Desde la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han visto y tratado a Europa occidental como un aliado, ciertamente pero sobre todo como el campo de acción privilegiado de su propia concepción de la seguridad, de su seguridad, desde su posición de liderazgo hegemónico en un mundo bipolar determinado por la guerra fría.

La desaparición del mundo comunista entendido como la "otra Europa" más allá del telón de acero, ha obligado a repensar y reformular el concepto mismo de seguridad en la zona y el nuevo papel que le corresponde a los Estados Unidos. Pero, además, los significativos y, en algunos supuestos espectaculares progresos de la integración europea en los ámbitos económico y comercial y su fuerte impacto en la dimensión internacional han obligado a los Estados Unidos a tomar a Europa en serio como competidor peligroso en tales terrenos y buscar, consiguientemente, foros de entendimiento como pueden ser, por ejemplo, la Nueva Agenda Transatlántica, firmada bajo presidencia española de la Unión Europea, en diciembre de 1995 o, con dimensión global, la Organización Mundial del Comercio tras la inacabable Ronda Uruguay.

El concepto mismo de seguridad ha debido cambiar tras la desaparición del "Este" como bloque enemigo con el que se había llegado a "coexistir" pacíficamente pero no a convivir. Hoy el "frente" de posible conflicto se ha trasladado a la frontera sur de Europa, al Oriente Medio o emerge en forma de conflictos internos en algunos territorios europeos de democracia frágil. La Unión Europea viene haciendo aportaciones insuficientes a esta redefinición de la seguridad europea y más insuficientes todavía para una política y defensa comunes. Tras el Tratado de la Unión, el llamado Segundo Pilar, el de Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), sigue sin funcionar, mientras algún país, Francia sobre todo, intenta erigirse en protagonista de iniciativas que no cuentan con el previo acuerdo de sus socios. En el seno de la Unión países como Austria o Suecia siguen manejando ambiguos conceptos de neutralismo, e incluso de "no

continúa en pág. 2

En este número...

Josep Verde i Aldea: Europa-Estados Unidos: encuentros y desencuentros	1
Julián Santamaría Ossorio: Dos palabras sobre las elecciones americanas.....	3
Norman Birnbaum: Reflexión crítica ante el segundo mandato de Clinton.....	5
Rafael Estrella: Clinton y el Congreso: una relación difícil.....	7

alineamiento". Por otra parte, el denominado Pilar Europeo de defensa sigue siendo retórico, y Europa no ha podido siquiera aportar propuestas comunes para articular la llamada Iniciativa de Defensa Europea expuesta en la reunión ministerial del Consejo del Atlántico Norte el 3 de junio de 1966 en Berlín.

Mientras, en Oriente Medio, la Unión Europea está presente con cierta fuerza desde el inicio del proceso de paz en Madrid. El consenso europeo en esta zona sigue permitiendo una acción positiva capaz de superar las reticencias americanas motivadas por su interés en ser los interlocutores exclusivos de todo el proceso de paz.

Si la política de seguridad es incipiente, peor es la situación europea en defensa. El Tratado de Maastricht apuntó hacia una conexión más fuerte de la UEO con la Unión pero el desarrollo posterior no ha respondido a las expectativas y la crisis de Bosnia puso al descubierto tanto la precaria capacidad de decisión como la no disponibilidad de fuerzas de intervención de que adolece la Unión. Por ello la intervención americana, vía OTAN, resultó decisiva y ha ocultado que la acción humanitaria de la Unión fue y sigue siendo de capital importancia. Y es que la gran acción humanitaria europea, no sólo en Bosnia sino en el mundo entero, resulta oscurecida por las graves indecisiones políticas en seguridad y defensa comunes.

El nuevo terreno de cooperación-enfrentamiento lo constituye el comercio mundial. Aquí la debilidad europea frente a Estados Unidos no es tanto de voluntad política y capacidad decisoria sino de fragilidad frente a los nuevos e innumerables retos de la revolución tecnológica. La Unión, que con los Estados Unidos está en el origen de la Organización Mundial del Comercio, es capaz de enfrentarse a su socio por la Ley Helms-Burton, y denunciarlo ante la Organización, pero por su falta de política industrial común, por ejemplo, se ve supeditada a su socio porque no es capaz de superar el retraso, cada vez mayor en el campo de las nuevas tecnologías, en especial la de la información, le separa de América -y, también del Japón- abriéndose de tal modo una brecha de "colonización" y dependencia creciente. Nos equivocáramos si nos limitáramos a analizar la compleja relación de encuentros-desencuentros entre los dos aliados transatlánticos con una óptica ceñida al "caso a caso". En nuestro mundo globalizado tanto empresas como instituciones de todo orden, incluidos los Estados y la propia UE en todas sus dimensiones coinciden en unos principios e incluso en unos objetivos que requieren la cooperación. Con

todo, no puede olvidarse que este sentimiento común se conjuga siempre estrechamente vinculado a otro que es el de la competitividad en todos los frentes. Y en estos frentes se incluyen los económicos y comerciales, pero también los que abarcan todas las áreas relacionadas con la seguridad y la defensa. Aquí, más que en cualquier otro terreno, los socios de cada lado del Atlántico luchan con armas muy desiguales. La clave de la desigualdad está en el nivel de poder-poder de que se dispone y en la capacidad de actuar este poder de manera eficaz, rápida y con un soporte político macizo tras él.

Mientras los Estados Unidos actúan desde una plataforma política congruente, sólida y cuya capacidad de decisión es, cuando así lo juzgan conveniente, muy rápida, la Unión Europea dispone de instancias políticas todavía débiles y claramente insuficientes a la hora de las decisiones o, cuando las consigue, se ciñe a aspectos parciales, preferentemente en el dominio comercial. La unidad y firmeza de los Quince, en la Organización Mundial del Comercio en el litigio en torno a la ley Helms-Burton, sobre el comercio con Cuba, en contraste con sus indecisiones para convenir una posición común en Bosnia, es un paradigma de todo ello.

No redundaría en interés de Europa un enfrentamiento con los Estados Unidos y menos como en ocasiones se había postulado, una retirada de los americanos de Europa. En el campo de la economía y el comercio la relación es cada vez mayor y los acuerdos derivados de la Agenda Transatlántica son cada vez más fructíferos. El talón de Aquiles europeo sigue siendo la política exterior y, correlativamente y en mayor medida aún, la seguridad y la defensa.

Las oportunidades de mejorar la situación no faltan. Pienso en dos muy concretas: la Conferencia Intergubernamental y la ampliación de la OTAN. En la CIG todo depende de nosotros. ¿Serán capaces nuestros gobiernos de dar respuestas a los retos de una mayor eficacia institucional y de claridad de pautas para el futuro de nuestra "defensa europea" (UEO)?

Todo lleva a pensar que serán los Estados Unidos quienes, en Helsinki, van a resolver las diferencias con Rusia al respecto. Es una ocasión para Clinton demostrando con actos la síntesis de su programa de política exterior cuando en Detroit, una semana antes de las elecciones afirmaba que *"seguimos siendo la mayor fuerza del mundo para la paz y la libertad, así como para la seguridad y la prosperidad"*.

Dos palabras sobre las elecciones americanas

Por Julián Santamaría Ossorio

El 5 de noviembre pasado Clinton, respaldado por una sólida mayoría, se convertía en el primer Presidente demócrata que conseguía ser reelegido para un segundo mandato desde los tiempos de F.D. Roosevelt. Todos los sondeos lo habían anticipado, aunque con una sola excepción, exagerando el margen de diferencia que separaría al vencedor de su adversario republicano, el Senador R. Dole. El interés radicaba esta vez en saber si los demócratas, además de imponerse en las presidenciales, recuperarían el control del Congreso y Clinton podría imprimir a su segundo mandato un giro progresista tanto en política interior como en la arena internacional. Pues, en efecto, de haber conseguido la mayoría en el Congreso, la presidencia de una buena parte de las Comisiones más importantes, que en el legislativo americano tienen un poder inmenso, habría ido a parar a manos de algunos de los líderes de la izquierda del partido demócrata.

Dos meses antes de las elecciones esa posibilidad parecía tener muchas probabilidades de materializarse. El tirón de Clinton, el esfuerzo económico de los sindicatos, el desprestigio del líder republicano Newton Gingrich, el miedo al desmantelamiento de los servicios asistenciales, la escasa veteranía e implantación de un buen número de los candidatos republicanos eran, entre otros, algunos de los factores que parecían anticipar ese vuelco. Eso hubiera supuesto una ruptura de extraordinaria importancia con la situación de equilibrio que ha presidido la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo así como en el seno de este último durante las pasadas décadas. No fue así. En los dos meses previos a las elecciones los republicanos consiguieron frenar, primero, e invertir, después, esa tendencia gracias, sobre todo, al peso de los apoyos económicos que recibieron en esa última fase y a la difusión de los rumores sobre la posible financiación ilícita de la campaña de Clinton.

El desenlace final preserva la mayoría republicana en el Congreso con una ventaja numérica recortada en la Cámara de Representantes y ligeramente incrementada en el Senado. Se trata, pues, de elecciones de *continuidad* en que

se reelige a un Presidente demócrata y a un Congreso republicano, pese a que esa división paralizó en los últimos años las iniciativas presidenciales y llevó incluso al cierre de la Administración. La razón de ser de la decisión popular será objeto prioritario de análisis por los especialistas a lo largo de los próximos meses. Algunos mencionan ya el carácter excesivamente moderado y poco definido de muchos de los candidatos demócratas y su estrategia electoral, demasiado ceñida a las cuestiones económicas. Otros ponen el acento en la movilización a última hora del poder financiero que desplegó un esfuerzo enorme en apoyo de los candidatos republicanos y en contra de los demócratas.

Pero, quizá, por el momento la cuestión que mayor interés ha suscitado es la de las posibles consecuencias políticas que imponen los resultados. En primer lugar, sobre la propia dinámica de la competición política. Y a ese respecto una cosa es evidente: no se ha producido en 1996 el realineamiento electoral que algunos habían anticipado. Lo que sí puede observarse es una línea de continuidad, incluso más acentuada, hacia una mayor apertura de los mercados electorales. En zonas geográficas tradicionalmente republicanas, como el Nordeste y el Sudeste, se han impuesto los candidatos demócratas mientras que en zonas tradicionalmente acotadas por los demócratas, como el Sur y el Sudoeste, tienden a consolidarse los republicanos. Y eso implica, sencillamente, que el sistema será en el futuro más competitivo, que los que fueron durante décadas bastiones de uno u otro partido se van abriendo a la competición entre ambos y que cualquiera de ellos estará en el futuro inmediato en condiciones de alzarse con la victoria tanto en las legislativas como en las presidenciales.

En segundo lugar, las implicaciones de los resultados sobre las orientaciones básicas de la política americana no suscitan grandes debates entre los observadores. La mayoría de éstos entiende que habrá pocos cambios, que el segundo mandato será, pues, también de *continuidad* tanto en política interna como en política internacional, que los flecos aun pendientes del caso Whitewater, los escándalos ligados a la financiación de estas últimas elecciones y la resistencia que, de todos modos, opondrá el Congreso al Presidente limitarán de forma muy notable su capacidad de iniciativa y de cambio. Clinton entiende, sin embargo, que su reelección implica un respaldo a la política de reformas que ha defendido durante la campaña y, de otro lado, que será preciso abordarla en diálogo permanente entre la Casa Blanca y el Capitolio.

4

No será fácil. Entre ambos partidos se está produciendo un creciente distanciamiento, a pesar de que en su competición por el centro las estrategias, los gestos y el discurso de los candidatos en las pasadas elecciones pudiesen dar la impresión de que no existían grandes diferencias entre unos y otros. De hecho, la línea que representa Clinton en su partido es una línea de tolerancia emparentada, en el plano económico, con la versión más moderada de la socialdemocracia europea, mientras las posiciones dominantes en el partido republicano defienden, en el terreno de los valores, un puritanismo integrista y en el económico una especie de fundamentalismo neoliberal en línea con los partidos europeos más conservadores. Queda en medio un espacio muy amplio integrado por una amplia franja del electorado que se identifica cada vez menos con los dos grandes partidos, tiente a los continuos promotores de un tercero y alimenta más que probablemente las prácticas abstencionistas.

Las heridas y los resentimientos generados por la retóricas de la campaña pueden complicar más las cosas. Pero a la postre, el Ejecutivo y el Legislativo están condenados a entenderse en lo fundamental ya que la opinión pública difícilmente admitiría que el nuevo mandato presidencial estuviera marcado por el clima de confrontación y parálisis que caracterizó algunas etapas del primero y penalizaría seriamente al partido que considerase principal responsable del atasco. El asunto reviste una especial importancia porque las grandes cuestiones, los temas clave a los que debe enfrentarse en los próximos años el Gobierno americano son los mismos, salvadas las distancias, que preocupan en todo el mundo occidental y, por tanto, el enfoque que se le de y el éxito o el fracaso del tratamiento en aquella orilla del Atlántico repercutirán de forma muy especial sobre las políticas y los planteamientos de los países europeos.

En el plano de la política nacional, las ansiedades e incertidumbres que han generado en estos años la coincidencia de la revolución tecnológica, las nuevas condiciones de trabajo, el crecimiento de las desigualdades y la desconfianza en la actividad y las prácticas políticas plantean tres grandes grupos de desafío: la reducción del déficit y el equilibrio presupuestario que faciliten el crecimiento y la competitividad de la economía, la reforma de los servicios sociales, entre ellos, la asistencia médica y el impulso a la educación y la dignificación de la política democrática que comporta, entre otras cosas, una revisión a fondo de las normas sobre financiación privada de las campañas electorales. En cuan-

to a la política internacional no son previsibles cambios significativos de orientación. La paz en Oriente Medio, la democratización en Europa del Este y Rusia, la liberalización en China, el control de las armas nucleares en Corea del Norte e Irán, la pacificación en Bosnia y la reorganización de la OTAN seguirán marcando la agenda americana en este campo mientras que la cuestión cubana, tras el fin de la guerra fría, ha dejado de ser un tema de política internacional en EEUU para convertirse en una cuestión doméstica respecto de la cual no se pueden descartar algunos cambios de cara al futuro. Lo que está por ver es si Clinton aprovechará la oportunidad que ahora se le ofrece para impulsar, al menos, un esfuerzo de reflexión sobre lo que debe ser el nuevo orden internacional, los objetivos que deben orientarlo, los principios en que debe basarse, las estructuras y procedimientos que sirvan para organizarlo y los recursos que lo hagan posible.



Reflexión crítica ante el segundo mandato de Clinton

Por Norman Birnbaum
Profesor de la Universidad de Georgetown

El interés que pueda suscitar este segundo mandato de Bill Clinton, no hay duda que resulta halagador para los Estados Unidos, aunque he de advertir que no estoy muy seguro de que merezcamos tal atención. Para ello nos bastaría con señalar que mientras la sociedad se encuentra paralizada por sus contradicciones internas, las élites (por usar un calificativo amable) rechazan enfrentarse a las mismas. Y es que la inmensa mayoría de los ciudadanos están inmersos en los problemas de la vida cotidiana y, de forma especial, en la lucha por la supervivencia, lo que significa, para el parámetro de vida europeo, una situación de gran inseguridad y una existencia plagada de dificultades.

Clinton no va a tener posibilidad de desarrollar programa alguno durante su segundo mandato. Si los demócratas hubieran recuperado el control del Congreso, quizás podrían sacar adelante alguna iniciativa, pero tanto Clinton como el equipo demócrata encargado de recaudar fondos (algo absolutamente escandaloso) hicieron que los republicanos conservaran la mayoría. Al final Clinton no consiguió obtener un resultado holgado, mientras que Dole, a pesar de haber hecho una campaña muy débil, logró un muy respetable 43%. En realidad, Dole podría haber logrado un mayor número de votos si hubiera hecho más apariciones en televisión o hubiera concedido más entrevistas, pero temió que le preguntaran acerca de sus aventuras amorosas, provocando así que la estricta moral de la derecha conservadora influyera en el resultado electoral, pero en el sentido contrario al buscado.

Pero no sólo la derecha habla de moralidad: muchos de los líderes demócratas prefieren discutir los asuntos públicos, no tanto como cuestiones que tienen que ver con la clase social, la riqueza o el poder, sino como si se trataran principios morales. El propio Clinton acaba de emprender una campaña para mejorar el nivel de la enseñanza en el país, pero pretende hacerlo sin incrementar el presupuesto federal con los fondos necesarios para ello, teniendo en cuenta

que, en Estados Unidos, es la clase social y la raza la que determina el acceso a la educación. Incluso dentro del sector público se pueden observar diferencias entre los ingresos y transferencias que se realizan a las distintas comunidades, a menudo dentro de la misma ciudad.

Como suele ser habitual, las élites generalmente buscarán para sus hijos escuelas y universidades privadas, apartándolos así de un sector público en franca decadencia. Al final acaban criticando a los excluidos del sistema tachándolos de inmorales o de perezosos. Con lo que gran parte de esta nueva moral no es más que un hipócrita y sórdido ejercicio de autocomplacencia por parte de nuestra "gente de bien". Esto podría explicar la frustración de una sociedad que, mientras habla de igualdad de oportunidades, deja a un lado a los que nada tienen.

Clinton ganó las pasadas elecciones con la promesa de defender los derechos que nuestro Estado de Bienestar mínimo había dado a las clases medias; pensiones para la tercera edad, asistencia sanitaria para los ancianos, así como ayudas para la enseñanza. Pero fue lo suficientemente cínico como para firmar una ley que planteaba la reforma y recorte de ayuda social a las capas más desfavorecidas de la sociedad, lo que está empezando a generar terribles consecuencias para este sector. Y todo ello para "incentivarlos" a que busquen trabajo.

Por último, ha perdido lo que le quedaba de credibilidad haciendo una política económica carente de toda sensibilidad, basada en el sagrado objetivo de equilibrar el presupuesto federal. Para estar seguro de que conserva un mínimo sentido común sólo le queda rechazar una enmienda para reformar la Constitución de EE.UU. que incluya el presupuesto equilibrado como un principio más de nuestro Estado, junto al de la libertad de expresión o el de elecciones libres.

En resumidas cuentas, poco podemos esperar de Clinton en el sentido de hacer una nueva propuesta económica, salvo aquellas que estén orientadas a mantener la dependencia con el mercado. En este momento el desempleo es, oficialmente, del 6%; extraoficialmente (y medido según los parámetros europeos) se acerca al 8% o 9%. Como suelo decir, este desorbitado papel del mercado está abocado a provocar, antes o después, un violento estallido social de imprevisibles consecuencias.

Lo que realmente no tiene ningún eco es ese viejo espíritu de solidaridad americano llevado a cabo por los movimientos sociales y religiosos. Por ejemplo, la Iglesia católica se opuso a la reforma de la asistencia social por considerarla un fraude carente de principios, pero esta posición tuvo una escasa repercusión. Por otro lado, la izquierda americana, como es ya habitual, está dividida y sin un denominador común; el nuevo líder sindical, John Sweeney es muy activo y con un gran sentido de futuro, pero también es consciente de la larga distancia que queda por recorrer, del enorme esfuerzo que requerirá restaurar nuestra vieja tradición solidaria.

Que la creación de esta cultura de masas puesta de moda por los propietarios de los medios de comunicación no va a facilitar ni la reflexión ni el logro de una visión más profunda sobre el pasado y su conexión con el presente, está bastante claro. Nuestro país cada vez me recuerda más un grupo de seres anónimos unidos los unos a los otros por lazos económicos y de conveniencia. En este escenario el discurso moralista de Clinton suena especialmente hueco y falso.



Clinton y el Congreso: una relación difícil

Por Rafael Estrella

Diputado PSOE, Vice-presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso

La primera legislatura de Clinton no fue precisamente un camino de rosas para el Presidente. La mayoría consolidada por los republicanos en el Congreso, encabezada por Newt Gingrich, lanzó una auténtica cruzada que llegó a paralizar la acción de gobierno en algunos ámbitos. La tentación de "gobernar desde el Congreso" se reflejó en aspectos muy diversos, desde las iniciativas para forzar determinadas reducciones de gastos e imponer un presupuesto equilibrado al bloqueo de la política sanitaria propuesta por Clinton o la legislación para frenar la inmigración. La política exterior fue uno de los ámbitos elegidos por los republicanos para demostrar su fuerza: con títulos tan resonantes como "Frente a la capitulación ante una dictadura en descomposición" (Cuba), "Mantener a las fuerzas de paz americanas bajo control USA", "Rechazo a la Resolución -presidencial- sobre poderes de guerra", "Inmediata ampliación de la OTAN", etc, los republicanos presentaron una serie de iniciativas legislativas (entre ellas la controvertida Ley Helms-Burton), que modelaron en buena medida la política exterior de la administración Clinton.

Puede afirmarse que la política exterior del primer mandato de Clinton como Presidente ha estado fuertemente marcada por las relaciones con el Congreso: en unas ocasiones, por evitar el choque con los legisladores; en otras, porque el Congreso ha impuesto su política exterior. El conflicto en la antigua Yugoslavia es un buen ejemplo de ello: Clinton decidió la participación norteamericana en el bloqueo marítimo, pero no el despliegue de tropas en el marco de UNPROFOR; por su parte, el Congreso decidió el levantamiento unilateral del embargo a Bosnia-Herzegovina, una operación en que participaban varios países de la OTAN...bajo el mando de almirante norteamericano. Fue también el Congreso quien impulsó la política de armar a los bosnios, una acción que la Administración decidió llevar a cabo con la complicidad de Irán, lo que le ha costado a Anthony Lake el puesto de Director de la CIA. Por otra parte,

la participación de EEUU en la IFOR y en la SFOR ha estado sujeta a restricciones (calendario, etc) impuestas por el Congreso.

El caso de Bosnia refleja una de las características del Congreso anterior, la inmadurez y falta de experiencia política de buena parte de sus miembros -muchos escaños fueron ocupados por nuevos candidatos republicanos- y su escaso interés por las relaciones internacionales, convertidas en un mero instrumento en la batalla legislativo-ejecutivo. Aquí reside, precisamente, el aspecto más negativo de la pasada legislatura: la Administración Clinton no fue muy capaz en buscar el compromiso con los republicanos y éstos no tuvieron ningún interés en alcanzar dicho compromiso.

¿Podemos esperar cambios en el segundo mandato de Clinton al frente del Gobierno de EEUU?. La respuesta más sonora y cálida al discurso de toma de posesión de Clinton se produjo cuando dijo: "al elegir un Presidente Demócrata y un Congreso Republicano, los Americanos están diciendo que no tolerarán las políticas de trifulcas y partidismo extremo...por el contrario, el pueblo nos pide que reparemos la brecha y continuemos la eterna misión de América". Si la reacción ante este llamamiento a la cooperación bipartidaria puede entenderse como el estado de opinión de dos fuerzas que no han obtenido beneficio con la confrontación anterior, los acontecimientos de este primer trimestre de legislatura no permiten prever cambios radicales. Aunque hay claros signos de distensión, parece evidente que la mayoría republicana en el Congreso, aunque abierta al entendimiento, no renunciará a condicionar la política de la Administración y, en concreto, la política exterior: la cuestión será saber el precio que deberá pagar Clinton a cambio del consenso.

La designación de Madeleine Albright al frente del Departamento de Estado o la del ex-legislador republicano Cohen en Defensa han sido claros mensajes conciliadores, y ambas nominaciones fueron respaldadas por el Senado sin ningún problema, como lo fue la del hispano y ex-congresista demócrata Bill Richardson como Embajador en Naciones Unidas, donde Albright encabezó la cruzada contra Butros Ghali para satisfacción de los republicanos que, sin embargo, mantienen sus críticas a la Organización y su oposición al pago de los 1.100 millones de dólares que EEUU debe a la ONU.

8

La reforma de Asuntos Exteriores es uno de los objetivos del Presidente del Comité de Relaciones Exteriores, el republicano Jessie Helms, quien presentó en 1995 una legislación que introducía profundas reducciones y transformaciones en la administración exterior. El Vicepresidente Gore anunciaba hace unos días un plan del Gobierno que respondería en gran medida a las demandas de Helms y que será presentado en Abril. Pero ello no significa que la cooperación vaya a ser fácil: el Congreso acaba de rechazar la certificación de "plena cooperación" otorgada a México por Clinton, si bien el Senado, rescatando una vieja práctica parlamentaria, ha intruducido una medida de "Sentido del Senado" que deja en suspenso la decisión del Congreso hasta Septiembre.

Madeleine Albright ha iniciado ya el diálogo con Helms sobre este y otros temas de política exterior. Ha visitado a Helms para abordar lo que será la primera prueba de esta nueva relación, la ratificación por el Senado del Tratado sobre Armas Químicas, a la que los republicanos se oponen. Por su parte, Willam Cohen ha debido emplearse a fondo para explicar que los acuerdos Clinton-Yeltsin sobre prohibición de sistemas de defensa antimisiles no suponen una renuncia por parte de EEUU; los republicanos han presentado un proyecto de ley sobre Defensas Antimisiles y ven el Tratado ABM de 1972 como un obstáculo.

Los mayores problemas para Clinton estarán previsiblemente relacionados con la política de seguridad y defensa. Los republicanos critican duramente la reducción de los presupuestos de defensa y el retraso de la modernización militar de EEUU, una preocupación que comparten algunos demócratas. En 1993 fue aprobado el "Bottom-up review" ("Revisión de abajo arriba") que delimitaba las amenazas a la seguridad de Estados Unidos tras el fin de la Guerra Fría, incorporando en una noción amplia de seguridad, más allá de la definición estrictamente militar, aspectos esenciales como amenazas a la seguridad económica, el terrorismo, etc. Junto a estas amenazas -se decía en el Informe-, EEUU debe tener capacidad para afrontar dos grandes conflictos simultáneos. Esta doctrina es el referente de cualquier evaluación de las necesidades y la capacidad militar de EEUU. Las importantes reducciones en su capacidad militar han tenido en cuenta estas premisas; la acción exterior de EEUU se ha basado en los elementos de identidad de una gran potencia tal y como se definían en el "Bottom-up Review". Sin embargo, desde el fin de la guerra fría, las tropas de

EEUU han participado en la invasión de Panamá (1989), en la Guerra del Golfo (Tormenta del Desierto y Escudo del Desierto), manteniendo una fuerza en Kuwait (Vigilancia del Sur) y la operaciones "Guerrero Vigilante" y "Centinela Vigilante"; han participado en operaciones de ayuda a Bangladesh y a los kurdos de Iraq (1991), en Somalia (Restaurar la Esperanza, 1992), ayuda a inmigrantes cubanos y haitianos, ayuda a Ruanda (1994); intervinieron en Haití -donde aún mantienen una fuerza- en 1994, tienen desplegados pequeños contingentes en el Sinaí, Croacia, Macedonia y en la frontera entre Perú y Ecuador, a todo lo cual hay que añadir las sucesivas operaciones en Bosnia-Herzegovina. Son muchos los que, en el bando republicano y en el demócrata, cuestionan la dimensión y grado de dispersión de este esfuerzo y plantean que la participación en misiones de paz va en detrimento de las misiones prioritarias de las fuerzas de EEUU.

La ampliación de la OTAN será otro ámbito en el que el Ejecutivo deberá asegurarse el apoyo del Congreso. La idea de la ampliación ha sido apoyada -cuando no impulsada- por el Congreso; son muchos los congresistas y senadores que tienen en su estado un grupo de población procedente de los países del centro de Europa, polacos en su mayoría. Tanto la Cámara de Representantes (353 a 65) como el Senado (81 a 16) han aprobado con amplia mayoría legislaciones para apoyar la ampliación de la OTAN. Pero esta voluntad, que refleja también el deseo de mantener el liderazgo de EEUU en la conformación de la futura Europa, pudiera no ser tan consistente cuando los legisladores deban aprobar la incorporación de nuevos miembros al Tratado de Washington. Asumir el precio del acuerdo con Rusia y los costes económicos para EEUU de la ampliación -minimizados últimamente por el Gobierno, que los reduce a 200 millones de dólares anuales durante quince años-, no será fácilmente digerible por el Congreso. Pero aún menos lo será aceptar que incorporar a nuevos miembros a la OTAN supone extenderles las garantías de seguridad del Artículo 5 del Tratado de Washington y, en particular, la garantía nuclear de EEUU. La Administración ha iniciado un gran despliegue para informar sobre la ampliación de la OTAN: un cuidado artículo de Madeleine Albright en *The Economist* a mediados de Febrero fue seguido el 24 de Febrero por el envío al Congreso de un extenso informe "Sobre la ampliación de la OTAN: Justificación, beneficios e implicaciones" en el que, tras casi tres años de formulaciones superficiales, se aborda por primera vez la naturaleza

de la ampliación en el contexto del fin de la *guerra fría*. Destacados miembros de la Administración Clinton -se ha anunciado- recorrerán el país para explicar la ampliación. Y es que treinta y cuatro votos en el Senado bastarían para bloquear la ampliación de la OTAN.





Internacional

Boletín de la secretaría de relaciones internacionales del PSOE



**Boletín de la Secretaría de
Relaciones Internacionales del PSOE**

*Secretario: Raimon Obiols
Coordinador: Ricard Torrell
Responsable: Maribel Pérez*



Impreso en papel 100% reciclado